

## CAPÍTULO III.

Examinan los tios à Gil Blas sobre sus estudios en Salamanca.—Diálogo curioso sobre este exámen entre los tios y el sobrino.—Salíó este reprobado por sus estudios y doctrinas salamanquinas, y es despedido de la casa de sus tios.

**M**ontó á caballo Gil Blas á las dos de aquella tarde con un criado de acompañante, y salió de Salamanca para el palacio del Pino en campo verde, sin poder indagar quien habria informado á la señora doña Casimira de sus travesurillas. No podia persuadirse que la Catalina con sus pendientes colgados de las orejas, usase con él aquella mala partida, y solamente lo atribuia al nuevo doctor don Cornelio Cabeza de Vaca, en desquite de la pasada burla de la tertulia. Cuando le vieron sus tios en el palacio del Pino, le dijeron:—¿Cómo tu aquí sin haberte llamado? ¿Has concluido ya tus estudios? Traes carta de nuestra prima doña Casimira? A cuyas tres preguntas contestó Gil Blas:—Ni traigo carta de la señora prima; ni sé si Vds. me han llamado; ni puedo saber si he concluido mis estudios, porque no puede saberse cuando el hombre debe dejar de estu-

diar por saber ya lo bastante. —Pero la carta de Casimira no puede faltar, dijo don Gonzalo: vamos, tu la traes, y tal vez no te acomodará que la veamos. Ya he dicho que no traigo carta alguna, dijo Gil Blas, y en las cátedras de Salamanca no se aprende á mentir. Pero vamos claros: Vds. han abonado á la señora doña Casimira todos mis gastos en Salamanca? Porque si no lo han hecho, no estraño yo que se cansase ya de suplirlos. Por otra parte, le habrá parecido razonable que despues del largo espacio de doce años, viniese á hacer á Vds. una visita.

—Todo eso está bien, dijo doña Casilda, pero la carta no puede faltar. Veamos si acaso la trae el mozo que viene contigo. Le llamaron, y preguntado, respondió: que la señora no le habia dado carta alguna, y que solamente le habia encargado volver con el caballo despues de dejar al señorito en el palacio del Pino (en campo verde). Era efectivamente doña Casimira toda una señora de circunspeccion y consumada prudencia, y no le parecia razonable indisponer á los tios con el sobrino, por cuya razon se propusó guardar silencio sobre las advertencias de la Catalina.

Sentados en un antiguo sofá los dos tios con el sobrino en medio, pasó entre los tres el siguiente

## DIÁLOGO.

D. GONZALO. Y veamos, Gil Blas, ¿qué estudios has seguido en Salamanca?

GIL BLAS. He asistido á las cátedras de filosofía, leyes, teología y medicina.

D. GONZALO. ¿Y cuál de esas carreras es á la que mas te inclinas?

GIL BLAS. A ninguna.

D. GONZALO. Pues á mí no me desagradaria que hubieras seguido la de las leyes, y verte recibido de abogado, para defender los pleitos de la casa. Estoy ya cansado de alfojar doblones al licenciado Calleja de la chancillería de Valladolid.

GIL BLAS. ¿Y ese señor licenciado le ha ganado todos los pleitos?

D. GONZALO. Aunque todos los he perdido no ha sido por culpa suya, porque he asistido yo mismo á sus defensas, y casi temblaban los jueces al oirle. Es mucha lábia aquella. No tropezaba en una i en las dos horas que hablaba sin descansar. Pero el pleito que ahora sigo sobre el mayorazgo del Quintanar, es imperdible, segun me lo asegura el abogado.

GIL BLAS. Vea Vd., señor tío, porque no quiero yo seguir esa carrera. Entre dos que

litigan, solo el uno tiene justicia. ¿Por qué razon ha de haber abogados que defiendan al que no la tiene?

D.<sup>a</sup> CASILDA. Y entonces sobrino, ¿por qué no has seguido la carrera de la teología?

GIL BLAS. La teología, señora tia, es la que trata de la esencia de Dios: Dios es incomprendible; luego la teología es inútil.

D.<sup>a</sup> CASILDA. ¡Jesus, que blasfemia! Vaya tu te has corrompido en Salamanca, y por eso la prima te despidió de casa.

D. GONZALO. Pero vamos adelante. ¿Y qué nos dirás de la carrera de la medicina? Un médico es querido de todos y buscado por todos.

GIL BLAS. Ojalá nunca lo fueran. Dígame Vd., señor tio, tenemos averiguado ya, si antes que hubiese médicos en el mundo eran mas los que se morian entonces, que los que se mueren ahora?

D. GONZALO. Los mismos, majadero, porque todos nacemos para morir.

GIL BLAS. Distingo: de muerte natural concedo; pero de muerte médica, niego.

D. GONZALO. Y por cuál autor estudiabas la filosofía en Salamanca?

GIL BLAS. Por aquel que enseña á formar los silogismos en Bárbara, y pareciéndome bár-

baros aquellos estudios, he buscado otros autores fuera de la universidad.

D. GONZALO. ¿Y cuáles han sido?

GIL BLAS. El sábio filósofo Rosseau, y el sapientísimo Voltaire.

D.<sup>a</sup> CASILDA. ¡O Dios mio! ¿Y has estudiado tú por esos judíos? Luego tu serás un hereje. Ahora descubro yo por que la prima te despidió de su casa, y ya no puedes estar en la nuestra.

GIL BLAS. Señora tia, Vd. no conoce el mundo de estos tiempos. Aquellos en que Vd. se criaba, eran los tiempos de la ignorancia y de la barbarie. Rosseau y Voltaire han descubierto otro orden de cosas muy diverso. Ya, ya verá Vd., y ya irá Vd. viendo el mundo nuevo en que ahora vamos á vivir. Se están criando á estas horas unas chicas que á los doce años han de saber mas que las matronas de cincuenta. Ahora, por lo que corresponde á los jóvenes, ya los hay que tiemblan los viejos al hablar en su presencia. Si viera Vd., señora tia, qué hábiles y qué diestros son algunos de los que yo conozco en Salamanca! Los hay allí tales, que concluyen á los catedráticos en todos os argumentos. Si viera Vd. cuantos proyectos tienen ya en su cabeza! ¡Oh! un nuevo mundo nos espera!

D. GONZALO. ¿Pues qué es lo que piensan hacer esos mocuoselos?

GIL BLAS. En primer lugar dicen que nuestra monarquía es ya vieja y caduca, y que es preciso refundirla en otra mas moderna.

D. GONZALO. ¡Trastornar nuestra monarquía de tantos siglos!

GIL BLAS. Espere Vd. tio: En segundo lugar dicen, que no debe haber frailes, y que será preciso echar á tierra los conventos, porque donde no hay jaulas, no puede haber pájaros en ellas.

D. GONZALO. Que no ha de haber frailes ni conventos ¡cielo santo!

GIL BLAS. Aguarde Vd. tio: En tercer lugar, dicen, que tampoco ha de haber diezmos, porque todos, tóditos, sin faltar un grano, pertenecen al labrador.

D. GONZALO. Y entonces ¿de qué han de vivir los curas, los canónigos y los obispos?

GIL BLAS. Dicen que les han de dar un sueldo como al soldado, y tan religiosamente pagado como se lo pagan á éste, sin faltar un cuarto.

D. GONZALO. ¿Y quiénes son estos mentecatos para realizar esos heréticos proyectos?

GIL BLAS. Oigame tio: En cuarto lugar, dicen que ha de haber una Constitucion y una

representacion nacional, en la que ellos, ellos mismos nos han de enseñar á vivir muy de otra manera por las muchas leyes que nos han de dar.

D. GONZALO. Dios mio ¡sujetarme yo á obedecer las leyes que me den esos canallas! primero.....

GIL BLAS. Vd. viejo y ellos jovenes, ¿quién podrá mas? Pero vamos mas adelante. En quinto lugar, dicen que ademas de la libertad de lengua ha de haber otra libertad de imprenta, por la cual cada uno podrá imprimir y moldear lo que se le antoje.

D. GONZALO. Pero Gil Blas, ¿no conoces tu que esos son desatinos, locuras y delirios?

GIL BLAS. A eso no se que le diga, tio: Pero vamos mas adelante. En sexto lugar, dicen que ha de haber entre nosotros una igualdad tal, que no ha de conocerse la menor diferencia entre el noble y el plebeyo.

D. GONZALO. En eso un cuerno ¡ó un demonio que los lleve!

GIL BLAS. Pues de eso tio: no hay quien los apée, porque dicen que todos somos hijos de cuatro nalgas.

D. GONZALO. Y tú ¿qué dices á todo esto?

GIL BLAS. Toma ¿qué quiere Vd. que yo diga si estoy afiliado con ellos?

D.<sup>a</sup> CASILDA. ¿No te dije yo marido, que nuestro sobrino se ha corrompido en Salamanca, y por eso la prima lo sacó de su casa?

D. GONZALO. Pues veamos como lo sacamos nosotros de la nuestra, y prepárate, hijo mio, para montar á caballo á las cuatro de la mañana. Te daré otros cuarenta ducados como dió el canónigo de Oviedo á tu ascendiente Gil Blas, y en lugar de la mula llevarás el caballo moreno que bien vale los doce doblones en que tasó el canónigo su mula, aunque el sobrino la haya vendido por tres ducados en Peñafior. Correrás el mundo, hijo mio, y si en esto aprendes otra mejor doctrina que la que has estudiado en Salamanca, todavía podrás volver á vernos; pero si has de ser otro calavera como los compañeros que allí has tenido, no te acuerdes mas de nosotros.

## CAPÍTULO IV.

Entrada de Gil Blas en una de las famosas ventas de Castilla.—Gracioso lance que le aconteció con la ventera.—Trueque de su caballo por un gordo y rollizo macho.—Gracias y habilidades de este precioso animal.

**N**o hubo apelacion de esta sentencia contra Gil Blas, ni él trató tampoco de entablarla. Ninguna aficion ni cariño tenia á sus tios por no haberse criado con ellos, y mucho menos la tenia á la casa del Pino en campo verde. Lo que él mas anhelaba en su interior, era correr el mundo como suele decirse, y se resignó á aprovecharse de la ocasión que se le presentaba. Durmió pues tranquilamente en aquella noche, hasta que una hora antes de rayar el dia vino un criado de la casa á despertarle y decirle, que el caballo moreno le esperaba á la puerta ya aparejado, y con una maleta y unas alforjas encima. Se levantó y vistió Gil Blas con la mayor serenidad, y al tratar de despedirse de sus tios, le notificaron la orden que habian dado de no interrumpirles el sueño.

Montó, pues, en su bucéfalo al rayar el dia

muy alegre y muy contento, porque se le presentaba la ocasion de ver otros pueblos diferentes del de Salamanca, el único que conocia. Solamente se angustiaba algun tanto cuando consideraba, que con cuarenta ducados, y el importe de su rocinante que pensaba vender en primera ocasion por evitar gastos, no era suficiente caudal para muchas correrías. Pero como era naturalmente determinado y resuelto, no se acobardaba su espíritu tan fácilmente. La vida escolástica salamanquina le habia formado para ver el mundo de otro modo distinto del que se vé en los claustros de una universidad. Era Gil Blas de un carácter algo burlon y satírico, siempre de buen humor, y de un físico muy agradable.

Caminaba pues en su cabalgadura muy satisfecho de que nada le habia de faltar, aunque se le acabasen los cuarenta ducados, y el importe de su rocin. Habiendo salido en ayunas de la casa de sus tios, sintió á pocas horas la flojedad de sus tripas, y alargando una mano á las alforjas desde la silla, tropezó con un queso y un lacon metidos entre un celemin de nueces que rugian en uno de los lados de las dichas alforjas. Buscó pues en el otro lado la que debia hacer el contrapeso, pero se halló con tres guijarros puestos allí para guardar el equi-

librio. Esto le afligió sobremanera, porque en sus francachelas escolásticas era siempre el dios Baco á quien se hacian los primeros honores. Entonces se propuso dar principio al uso de sus ducados comprando en el primer pueblo una ya usada y experimentada bota, en la cual no se le avinagrarse el vino con que la pensaba henchir, y resolvió no probar hasta entonces el queso y el lacon. Dos horas mas tardó en tropezar con una de las renombradas ventas de Castilla, tan elogiadas por los extranjeros que viajan por nuestra malaventurada España. La observó antes de apearse en ella y notó que tendria como unas ochenta varas de largo y como unas tres y media de altura. Podian entrar por la puerta emparejados en línea recta cuatro rocinantes como el de Gil Blas. Acometió pues hasta el portal que le pareció muy ancho y espacioso con sus sofás de tierra y ladrillo al rededor de sus paredes. Vió la ventera sentada en un banquillo, en el cual solo cabian sus posaderas, y preguntándola si era bueno el vino, le respondió:—Apéese, Vd. caballero, y será tan regalado aquí como lo son aquellos cuatro pasajeros que están en aquel rincon á mi derecha. Repare Vd. en esa mesa de en frente y observe en ella los blancos huevos duros, el rico bacallao frito, los

colorados chorizos y el queso de Villalon.

Resolvió entonces Gil Blas apearse de su cabalgadura, y al atarla á uno de los postes del portal, vió nada menos que cuatro botas sobre la mesa en que estaban los cuatro huéspedes cada uno con la suya. Sacó de sus alforjas el lacon, y pidiendo dos cuartillos de lo caro, se sentó en otro banquillo que habia junto á la ventera. Era esta una rolliza castellana, de tiernos ojos, color aceitunado, lustroso cutis, y de unos treinta y cuatro años. Vestia una almilla de bayeta pajiza, saya verde y de talle corto, medias de lana azul con sus cuadrados de lo lindo, y por encima de sus firmes pantorrillas unas ligas de cintas de colores. Cubria su rojo pelo una chusca monterilla del uso de la comarca.

Determinó Gil Blas dar principio á su desayuno al lado de esta Nise á la cual trató de requebrar usando de su buen humor. Trinchó su lacon, y tomando una lonja de él, la presentó á su ninfa, diciéndola:—Si esta fineza que os ofrezco, dueña mia, así como es de un animal asqueroso, cual lo es el (cerdo) lo fuese de una pechuga de los ángeles, con la misma buena voluntad os la presentaría.—Gallardo jóven, contestó la castellana, con la misma buena voluntad aceptaría yo otra fineza me-

por que las pechugas de todos los ángeles, si es que os determinais á regalármela.—Con el mayor gusto, bella hermosa de los ojos tiernos, dijo Gil Blas. Esas chuscas pantorrillas que cubren las hechiceras medias azules, han cautivado mi corazon.—Y esos dientes de marfil que encierran esos lábios de coral, dijo la de la monterilla, me van trastornando la cabeza.—La mia, añadió Gil Blas, ya no se halla en su sano juicio al considerar ese cuerpecito, ese talle airoso, y esas nutridas posaderas que debian ocupar una poltrona.—Ordenad pues, prenda mia, y pedidme lo que de mí mas os agrade, porque es un imposible que yo no lo otorgue á la que, bajo de esa almilla rojiza, encierra los encantos de Calipso.

—Tambien es otro imposible que yo no corresponsa al caballero que tanto me honra con tal que me otorgue la fineza que le demando.—Habladme, pues, hechizo de mis sentidos, y al punto sereis obedecida. Nada mas os pido, jóven encantador, que una pequeñita lonja de jamon que se me ha antojado, porque me hallo justamente en el mes de los antojos. Acudió entonces Gil Blas á sus alforjas por ver si entre sus nueces se hallaba alguna media libra; pero viendo que nada mas allí rugia que nueces y mas nueces, se vuelve hácia su dueña y la

dice:—Perdonadme, reina mia, la imposibilidad en que me hallo de complaceros.—No hay tal imposibilidad, dijo la de las medias azules para concederme lo que os demando. No está en las alforjas que habeis registrado, sino que en las alforjas de vuestros calzones se encierran unos muslos tan hechiceros, que si me regaláseis una tajadita de ellos, os la recompensaría á medida de mis deseos por evitar acaso la pérdida de una alma en una hora desgraciada.

A esta sazón dijo uno de los cuatro huéspedes (que eran unos traficantes en géneros del país)—Vamos, caballero, parece que el lance es algo pesado y demasiado sério. Lo que se os ha demandado lo habeis ofrecido y lo teneis, pero es algo duro de cumplir. Si pudiese conmutarse en otro antojo de menos valor, podríamos salir de este apurado lance. Entonces se dirigió á la ventera, y la preguntó:—Díganos Vd., señora, ¿cuánto tiempo habrá que la comenzaron á picar los antojos?—Hace ya nueve días, respondió, que no me reconozco desembarazada. Ah! pues si no son mas que nueve días, no hay peligro, á mi parecer, de perderse un alma por que tal vez no habrá un cuerpo donde pueda estar. En este caso yo era de opinion que se permutase la demanda en un estiron de orejas.—Convengo muy gustosa, dijo la de los tiernos

ojos, y aceptando Gil Blas el trueque, se agarró de su oreja izquierda la ventera con tal ánsia que estuvo á pique de dejarlo medio desorejado.

Viéndose Gil Blas en este dolorido aprieto se tiró al moño de su ninfa, y comenzó á repelarla con tal fuerza que llevaba arrancada una buena parte de la cabellera.—Suelta, demonio, mi pelo, decía la ventera. Deja mi oreja bruja, contestaba Gil Blas; pero viendo la de los ojos tiernos que se le arrancaban casi todos los pelos, echó una zancadilla á su competidor, y cayó este en tierra trayendo sobre sí la de las medias azules. Rodó la monterilla por un lado, y el sombrero por otro, pero sin soltar ninguno su presa. Cabalgaba la ventera sobre Gil Blas, y habiéndosele subido la saya verde mas arriba de medio muslo, descubrió unas mal lavadas posaderas, á cuya escandalosa vista, se levantaron los cuatro traficantes, y separaron estos dos encarnizados atletas. Sosegada la pendencia, se miraban de reojo los dos combatientes sin decirse una palabra el uno al otro, y habiéndose colocado todos cada uno en su puesto continuaron su almuerzo los que le habian comenzado.

Dirigió entonces la vista Gil Blas hácia los trajinantes, y les dijo.—Veo, señores, en esa mesa cuatro botas de la mejor traza, y cami-



nando yo sin ninguna, pagaria á buen precio la que se me vendiera, puesto que para el socorro de los cuatro pudieran bastar las tres.

--Señor caballero, contestó uno de ellos, un viajero sin bota es un cuerpo sin alma, ó por mejor decir, es una alma en pena. Bien es cierto que nosotros caminamos hácia Rueda y la Seca, en donde este género se vende de lolindo, pero yo nome desprendo de la mia por lo mucho que la quiero. Jamás ha dejado de favorecerme siéndole posible. Así es que la amo tanto ó mas que á mi mujer; á lo menos la doy mas besos.

--Pues yo no tengo inconveniente, dijo otro de la cuadrilla, en trasladar la mia al poder de este señor, y sin ningun precio, pero ha de ser verificando un cambio entre los dos. Estoy viendo atado al poste el caballo de este caballero sin desayunarse, teniendo tanto derecho como su amo al alimento de sus tripas. Lo primero de que yo cuido en las ventas y mesones es de mi macho, y así está el tan rollizo y tan nidio que parece una seda de la India. Si gusta su merced de que hagamos un trueque pelo á pelo, daré encima mi bota de regalo, porque siempre he sido mas aficionado á los caballos que á los mulos.--Saque Vd. su macho, dijo Gil Blas, le veremos, y hablaremos. Corrió á la cuadra el dueño del mulo, y tirándole del ramal, presentó su

macho de los mejores machos de cuatro pies. Habiéndole colocado á la par de la cabalgadura de Gil Blas, dijo:--Vean Vds. la diferencia, señores; el caballo flaco, el macho gordo, y observándole la dentadura, añadió: el caballo cerrado, es decir que ya no se le conoce la fé de bautismo, cuando el macho cumplió tres años en estas yerbas, y va para los cuatro.

Al decir esto cogió la cola del caballo, y levantándola hácia arriba, la dejaba ir á todos lados el pobre animal sin la menor resistencia.--Esto es flojera, añadió el chalan. Ea, que Vd. no menee con la misma facilidad el rabo de mi macho. Emprendió Gil Blas hacer la esperiencia, y al alzamiento de la cola, escopetéó tres tiros el rollizo mulo, en seguida de los cuales convidó al esperimentador con una amarilla racion de paja y cebada, casi enteros y por digerir los granos de la primera.--Vea Vd. ahí la prueba, dijo el dueño, del buen trato que yo le doy y o mismo haré con el caballo si entra en mi poder, hasta sacarle el hambre del cuerpo. Segun le veo está el pobre para pocas jornadas pero en mi mulo puede rodear Vd. el mundo todo antes que él se quede atrás.--El mundo entero no cuento yo con andarle, repuso Gil Blas, pero sí alguna parte de él, por lo que no me separo del trueque entrando en él la bota.

—Entendámonos, caballero, dijo el del mulo, que no se cambian los aparejos, porque á mí no me pertenece la silla, sino la albarda.—Y entonces, le preguntó Gil Blas, ¿ha de montar el caballo encima de la albarda que á Vd. le pertenece?—Eso déjelo V. de mi cuenta, y sáquese la robla para que cada uno cuide de su hacienda.

En efecto se perfeccionó el contrato entrando la bota en él, y habiéndose marchado los de los mulos, preguntó la ventera á Gil Blas: —¿Cuántos años tiene Vd., caballero, aunque sea descortesía.—Diez y ocho cumplidos en el día tres de febrero del presente año, la respondió.—Todavía le faltan á Vd. siete para salir de la menor edad, y no necesitar de curador dijo ella, y le añadió: Pues mientras Vd. no pase de los veinte y cinco, desconfie de todo el mundo, y principalmente de sí mismo.

No atendiendo Gil Blas á lo que le habia dicho la ventera, le mandó llenar su bota, y montando sobre su mulo, se despidió de ella preguntándola por el camino de Astorga. Siga Vd. por derecho, y á las dos leguas hallará dos caminos, pero tomará Vd. el de la izquierda. Picó con las espuelas á su macho, que bebía los vientos, como suele decirse, pero no bien habia andado una legua cuando viendo el

tronco de un árbol atravesado en el camino, empezó á aguzar las orejas y á recular. Le aplicó Gil Blas las espuelas, pero contestó levantando el cuarto trasero, con lo que empujó á su amo una cuarta sobre la silla. Como no perdió el equilibrio, volvió á quedar tan bien montado como estaba, y apremiando al mulo á que pasase adelante, no era hácia adelante, sino hácia atrás lo que andaba el animal. En medio de esta pelea entre los dos, prendió en un gancho del estribo una de las dos riendas, quedando el hocico del macho tocando con una pierna de Gil Blas. Esta posicion le obligó á dar tantas vueltas al rededor, que fue preciso caer con su amo en tierra, medio atolondrados los dos. Estaba la cabeza del ginete junto á la del macho, y mirándose el uno al otro, no parecia sino que se estaban diciendo recíprocamente: *tú me las pagarás.*

Se acabó por fin esta escena levantándose los dos caídos, y tirando Gil Blas de la brida por su mulo, siguió este muy contento trás de su nuevo amo, pasando por junto al tronco del árbol, que no impedía el paso á una carreta de bueyes. Ya sabia su primer amo que no habia remedio sino apearse en diciendo el macho que no pasaba adelante, y todos sabemos tambien que es una cualidad de todos los

machos el salir siempre con la suya. Lo mismo le avino á Gil Blas al hallarse en los dos caminos que le habia indicado la ventera. El macho erre que erre que habia de seguir por el de la derecha, y hasta que se apeó su amo no quiso ir por el de la izquierda, que era el que conducia á Astorga.

## CAPÍTULO V.

Entra Gil Blas en la ciudad de Astorga.—Encuentra allí á su condiscipulo Celestino que le lleva á su casa.— Opiniones políticas de toda esta familia.—Sale Gil Blas de Astorga y emprende su ruta para Asturias por las Babias y puerto de Somiedo.

**C**aminó, pues, Gil Blas continuando su viaje con su mulo, el cual habiéndose entrado en un meson á las diez de la mañana del siguiente dia, no fue posible sacarle de allí hasta pasar la noche en un pesebre muy conocido de él. Esto obligó á Gil Blas á perder la jornada de aquel dia, y entonces recordó lo que le habia dicho la ventera sobre no fiarse de ninguno y menos de sí mismo hasta cumplir los veinte y cinco años.—Ya reconozco ahora la razon del trueque, decia para consigo. Al chalan que se llevó mi caballo no le acomodaba este atraso de jornadas en su tráfico. Si hasta cumplir los veinte y cinco años no me aconteciesen otros mayores males, todavía podré ver el mundo, pero ya recelo que me aguarden otros muchos, que no sé como serán aunque pase de los veinte y cinco.